

África frente a los desafíos que plantea la mundialización

Mohamed Daouas

LA MUNDIALIZACIÓN es un fenómeno multidimensional que incide sobre todas las facetas de la vida —económica, ambiental, cultural y social— y sobre las relaciones entre los gobiernos y las naciones de los cinco continentes. Se caracteriza especialmente por la intensificación del comercio transfronterizo y las mayores corrientes financieras y de inversión extranjera directa, impulsadas por una liberalización rápida y por el avance de las tecnologías de la información. Para muchos países, este fenómeno ha hecho de la promoción del desarrollo y el mantenimiento de la estabilidad interna y externa una tarea difícil y delicada. Por un lado, la mundialización encierra la promesa de expansión del comercio y la inversión internacional; por el otro, agudiza los riesgos de inestabilidad y marginación.

Impacto de la mundialización

Si bien la mundialización ha contribuido a intensificar el crecimiento y la riqueza en los últimos años, el resultado no ha sido uniforme en todos los continentes ni en todos los países. En los menos desarrollados, sobre todo en África, se han agravado los desequilibrios, frenándose el desarrollo y profundizándose la pobreza. Prueba de su marginación son la pequeña proporción que les corresponde del comercio (apenas un 2%), el producto (no mucho más) y la inversión extranjera (1%) a nivel mundial.

En el caso de África, se suma el agravante de una deuda externa insostenible y promesas de asistencia oficial no cumplidas en un momento en que la mayoría de los países no pueden llevar adelante las reformas ni los proyectos de desarrollo sin respaldo financiero. Pese a que los miembros de la Organización de Cooperación y Desarrollo Económi-

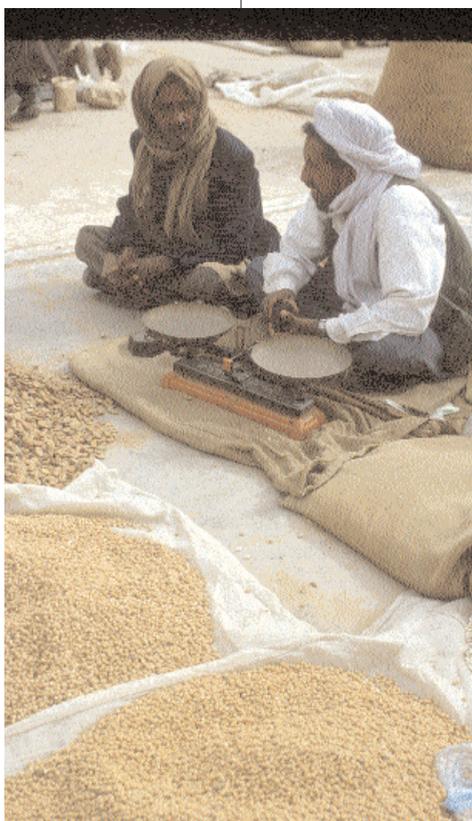
cos han comprometido el equivalente del 0,7% de su PIB a la asistencia oficial para el desarrollo, el promedio de sus desembolsos llega apenas al 0,25%. En términos absolutos, la diferencia entre los montos comprometidos y los desembolsos efectivos asciende a US\$100.000 millones por año.

Teniendo en cuenta estos factores, habría que examinar las distintas caras de la mundialización y evaluar sus riesgos y beneficios a la luz de las crisis económicas y financieras que hace poco sacudieron sin distinción a economías muy ricas y muy pobres en distintas partes del mundo. Este examen podría dar a África mejores oportunidades de integración dentro de la economía mundial.

Aunque las condiciones internacionales han sido a veces poco favorables, marcadas por catástrofes naturales en muchos países de la región, África ha tenido en conjunto tasas satisfactorias de crecimiento durante los últimos años. Solo 18 países registraban un crecimiento del 3% o más en 1992; este grupo ha aumentado a 30 y está empeñado en mejorar el PNB per cápita sustancialmente sin perder el control de la inflación. Sin embargo, el precio de este avance ha sido una reforma estructural costosa que a menudo ha afectado negativamente a los segmentos más vulnerables de la sociedad.

Además, África está lejos de llegar a la meta de una tasa anual mínima de crecimiento del 7%, indispensable para lograr la calidad de vida de otros países en desarrollo. No se trata de un objetivo inalcanzable, pero la única manera de hacerlo realidad es procediendo a la integración dentro de la economía mundial y a la agilización de la reforma con dos objetivos fundamentales:

- Crear las condiciones más propicias para la inversión privada



estimulando la apertura del comercio interno y externo.

• Incrementar la eficiencia de la economía nacional redefiniendo el papel del Estado, reformando la administración pública para mejorar el clima empresarial, y creando un marco jurídico y regulatorio transparente que movilice la inversión privada. Los gobiernos deberían centrarse en el desarrollo social —sobre todo en cuanto a salud y educación— a fin de corregir el gran déficit con que se ven confrontados la mayoría de los países africanos.

El sector financiero es uno de los canales vitales para el éxito de esta reforma, que debe abarcar también la consolidación, reestructuración y modernización del sector bancario y el fomento de los mercados de capital y las instituciones financieras. Sin embargo, la experiencia demuestra que ninguna reforma prospera si no se adapta a las características socio-económicas de cada país, a sus prioridades y a su nivel de desarrollo.

Los socios en el desarrollo

Aunque la responsabilidad principal de lograr los objetivos de reforma y desarrollo recae en los propios países africanos, sigue siendo necesario el respaldo de la comunidad y las organizaciones internacionales. Si la clara voluntad de nuestro continente de levantarse y unirse a la economía mundial va acompañada de una determinación más firme de los países industriales por cumplir sus compromisos y abrir sus mercados, podremos incrementar el crecimiento y reducir la pobreza, sentando así las bases de la estabilidad política, económica y social.

Como primer paso, los países industriales podrían dar su apoyo concediendo a las exportaciones africanas libre acceso a sus mercados y permitiendo así que los países muy endeudados —sobre todo— puedan integrarse con mayor facilidad al sistema de comercio mundial. De acuerdo con algunos estudios, la eliminación de las barreras comerciales podría generar corrientes de ingresos tres veces más grandes que el volumen de asistencia externa que reciben los países en desarrollo. Esta conclusión conduce a un punto crucial en cuanto a la disponibilidad de recursos, que han resultado insuficientes para muchos países africanos. En efecto, a través del alivio de la carga de la deuda externa, ya sea mediante la cancelación o la reprogramación, podrían encauzar los recursos ahorrados hacia una inversión productiva, activando el crecimiento y afianzando la justicia social.

A estos aportes podría sumarse el fomento de las corrientes de capital privado destinadas a África, y sobre todo de la inversión extranjera directa, que en lugar de producir endeudamiento crea empleos y a menudo transplanta nuevas tecnologías. De hecho, para poder estimular el desarrollo tecnológico, los países africanos tendrán que formar asociaciones con las economías industriales avanzadas en el campo de los recursos naturales y minerales, ya que los conocimientos técnicos que reciban constituirán un valor añadido y les

“Los gobiernos deberían centrarse en el desarrollo social —sobre todo en cuanto a salud y educación—”.

permitirán satisfacer la demanda mundial y competir a escala internacional con sus productos. Por último, otra forma de respaldo que podrían demostrar los socios de África es el cumplimiento de los compromisos financieros vigentes para paliar la pobreza.

No debemos olvidar los esfuerzos que realizan las instituciones protectoras del sistema monetario y financiero internacional por limitar los riesgos de la mundialización y mejorar a la vez el nivel de vida de todos los pueblos y multiplicar las oportunidades económicas a su alcance. Su objetivo predominante es lograr un crecimiento firme y sostenible, evitando grandes sacudidas, para poder atenuar la pobreza. En particular, el FMI y el Banco Mundial deben seguir mancomunados en la ejecución

de una estrategia participativa de lucha contra la pobreza. Deben trascender la promoción de la disciplina macroeconómica, la liberalización y la limitación de la función del gobierno en la economía para abogar por reformas que refuercen el ambiente institucional y hagan converger las instituciones y los marcos jurídicos de los países en desarrollo e industriales, como las reglas del mercado, el régimen de derecho y la buena gestión de gobierno. Las instituciones financieras deben unirse en pos del objetivo común de que la mundialización sea un proceso de integración, y no de exclusión. Las crisis financieras recientes en el sudeste de Asia, América Latina y Rusia son, sin excepción, prueba de la necesidad apremiante de armonizar los programas de estas distintas instituciones.

Por último, la integración regional y el estrechamiento de la cooperación económica también son importantes para asegurar la integración de África a la economía mundial. No cabe duda de que en una época en la cual la mundialización predomina y los agrupamientos regionales, ya sean políticos o económicos, preponderan en el mundo, cabe a los líderes africanos la responsabilidad de desarrollar estos mecanismos de integración, sobre todo creando a través del continente vínculos verticales y horizontales que vayan más allá de las susceptibilidades étnicas o regionales, como la ampliación de las zonas de libre comercio y la formulación de proyectos de desarrollo conjuntos.

Nuestras organizaciones regionales deben percibirse como instrumentos que pueden facilitar la integración de los países africanos dentro de la economía mundial ampliando el acceso de los productores a los mercados regionales. No deben limitarse a protestar ni convertirse en fortalezas proteccionistas contra la mundialización, sino crear programas y estrategias que reafirmen la cohesión regional. **F&D**

Mohamed Daouas es el Gobernador del Banco Central de Túnez.